

el emperador ó su representante, y del aumento creciente de la poblacion manumisa y esclava, hasta que finalmente la situacion de los colonos primitivamente libres y de sus hijos no se distinguió de la de los siervos de la gleba. Quizás contribuyó también á este resultado el establecimiento de prisioneros germanos como colonos de nueva especie en estas haciendas, sobre todo desde Marco Aurelio, los cuales no disfrutaban de derecho ninguno. Ya no faltaban modelos de esta clase: en Egipto á lo menos existia desde antiguo la explotacion agrícola por la clase labradora sometida á una estrecha servidumbre. Lo mismo sucedia en otros muchos puntos del imperio, y en la misma Italia, donde los labradores libertos eran personalmente libres, pero estaban ligados al terruño. En la Galia sucedió mas: allí la competencia y las calamidades del siglo III obligaron á la clase de pequeños

cultivadores rurales á acogerse con su propiedad á la proteccion del propietario grande y poderoso, bajo condiciones á menudo onerosísimas, como la servidumbre hereditaria, las prestaciones personales y el censo por una parte de su propiedad, pero con libertad personal, menos la de la traslacion á otra parte sin permiso del señor. Este estado se generalizó con el tiempo, no siempre por la miseria ni por la voluntad ó el impulso propio del pequeño propietario, sino por la codicia, la astucia y aun la fuerza bruta del señor poderoso. La legislacion romana, que favorecia á las clases altas y que formó la base de las legislaciones posteriores, legalizó despues estas situaciones, resultado de despojos y fundadas en el derecho del mas fuerte; pero por este camino desapareció la fuerza interior de todas las provincias y se abrió la puerta á grandes y desastrosas conmociones sociales.

PARTE TERCERA

EL IMPERIO ROMANO DESDE MARCO AURELIO HASTA CARACALLA

CAPITULO PRIMERO

MARCO AURELIO Y SUS SUCEORES INMEDIATOS

Cuando á la muerte del noble Antonino Pio, en 7 de marzo del año 161, se encargó Marco Aurelio del gobierno, pudo lisonjearse el mundo romano con la esperanza de disfrutar la misma dicha que habia gozado durante el reinado del piadoso Antonino, cuyo nombre Marco Aurelio y sus sucesores hasta Heliogábalo añadieron á los suyos respectivos. Marco Aurelio era hombre de alma grande y pura, y nunca desmintió su desinterés, su bondad y su rectitud, llevada hasta el último límite de la escrupulosidad. Como romano antiguo, mostróse adversario inflexible y duro de los cristianos, pero fuera de esto, llegó su mansedumbre á la debilidad. Su tolerancia con la liviana emperatriz Faustina y con su hijo, y su decidida aficion á estudios filosóficos, tan antipáticos á los rudos soldados, fueron quizás causa de que uno de los generales mas valientes del imperio se levantase al fin contra él.

En efecto, Marco Aurelio dió al mundo el raro espectáculo de un emperador filósofo.

Despues de haber estudiado muchos años retórica con maestros como su amigo Fronto y Herodes Atico de Maraton, el jóven Marco Aurelio, dotado brillantemente por la naturaleza é impulsado por una sed inextinguible de saber, comprendió hácia el año 146, cuando tenia 25 años, la vaciedad del arte retórico y se dedicó al estudio de la filosofía, decidiéndose por la escuela estoica, en la cual le inició Junio Rústico, y á la cual permaneció fiel toda su vida. Esta filosofía habia ganado mucho con los trabajos del eminente Epicteto de Hierápolis, que la enseñó primero en Roma, y despues, á contar desde el año 94, en Nicópolis en el Epiro. Este varon insigne abandonó la rigidez y rudeza de la escuela y dió á sus discípulos una doctrina práctica, popular é inteligente, estableciendo por base de su filosofía la libertad

interior del hombre, que tiene su raíz en la conciencia, el recto conocimiento de sí mismo y la moralidad de las acciones. Así la filosofía estoica llegó á ser una escuela de elevada moral y de ciencia de la vida, y de esta manera la entendió Marco Aurelio, como lo manifiesta en sus obras, escritas en parte en sus raros momentos de ocio, hasta en la vida de campaña, durante la formidable guerra en las provincias danubianas. Su carácter noble, sus intenciones purísimas, su sinceridad y decision revestidas de cierto matiz místico, su firme voluntad de tomar la moralidad mas rígida como norma de su conducta privada y pública, segun lo exigia su filosofía, y por último su talento político, hicieron de él un modelo de gobernantes.

No deseó ni pretendió la dignidad imperial; la admitió porque el destino le habia colocado en aquel puesto; pero una vez en él, las fuerzas que por su gusto propio habria preferido dedicar á la filosofía, las consagró al cumplimiento de los nuevos deberes que le imponia la dignidad imperial. Desde aquel instante acabaron sus años de felicidad sin que le fuera dado hacer, como era su ardiente deseo, la felicidad de los demás y del imperio en general; porque el destino del mundo antiguo era inexorable y no estaba en la mano de un hombre torcer su curso.

Cuando Marco Aurelio subió al trono fué aclamado en todo el imperio con satisfaccion general y sincera, tanto que hasta su filosofía, es decir, la de Epicteto, á cuya propagacion habia contribuido, se reforzó con muchísimos adeptos. Pero muy pronto se presentaron graves dificultades materiales que reclamaron la aplicacion de toda su energía. Lucio Vero, su yerno y co-emperador, en lugar de servirle de auxilio como habia esperado, solo le servia de obstáculo para la buena administracion. Lucio Vero parecia no haber heredado de su padre mas que los vicios, la indolencia, la sensualidad y la dispacion. Un día dió un banquete que, con los regalos que por via de recuerdo se solian hacer á los convidados, costó seis millones de sesteracios (mas de un millon de pesetas). Muchos disgustos causó esta conducta á Marco Aurelio y no

poco trabajo le costó evitar las consecuencias fatales de las locuras y de los vicios de Vero.

Además de las dificultades de menor importancia que entonces se ofrecian en Inglaterra y en la frontera de la Germania, amenazó un peligro gravísimo en el extremo Oriente, donde el rey de Partia, Vologeso III, promovió un nuevo conflicto. Las relaciones del imperio con los partos eran desde algunos años muy tirantes con motivo de las cuestiones de Armenia y de las conexiones de todo género que se habian establecido entre Roma y algunos de los pueblos orientales colindantes con la Partia. Poco despues del fallecimiento del anciano emperador Antonino Pio, el rey Vologeso III tomó otra vez las armas contra Roma, y penetrando con un poderoso ejército en Armenia, puso al rey de este país, Sohemo, en el mayor apuro. La noticia de la invasion fué seguida pronto de otra participando las terribles derrotas sufridas por las tropas romanas cerca de la capital del reino armenio. En esta situacion Marco Aurelio encargó el mando de todas las fuerzas del Asia á Lucio Vero y este partió para su destino á principios del año 162. Al pasar por Grecia disfrutó por algun tiempo los placeres con que le brindaba el país, pues que Luciano pudo dedicarle dos de sus mejores poesias celebrando la hermosura y gracia de Pantea, jóven de Esmirna que habia cautivado el corazon impresionable del co-emperador. Cuando este llegó por fin á Siria encontró ya los anuncios de una situacion de las mas graves; el gobernador general romano de Capadocia, P. Elio Severiano Máximo, natural de la Galia, habia acudido el año anterior al socorro de Sohemo, rey de Armenia, con solo una legion, por haber dado fe á ciertas profecias del impostor Alejandro de Abonoteco; y los partos, á quienes atacó con tan poca fuerza, le cercaron cerca de Elegeia y destrizaron todo el ejército romano expedicionario despues de tres dias de desesperada lucha. Despues de esta victoria Vologeso derrotó á las legiones sirias, en muchos conceptos afeminadas, mandadas por Atidio Corneliano, gobernador general de Siria; y dueño ya de la situacion devastó á su antojo las comarcas romanas fronterizas. En vista de estos descalabros, Marco Aurelio habia reemplazado á tan ineptos jefes por otros mas peritos y enérgicos, nombrando gobernador general de Capadocia á Estacio Prisco y dando á Avidio Casio el mando superior de las tropas de Siria. Este último se jactaba de ser descendiente de Cayo C. Longino Casio, aquel á quien Bruto habia llamado el «último romano». En efecto, Avidio Casio poseia en alto grado la dureza inquebrantable y las aficiones republicanas de su predecesor. Su padre era Cayo Avidio Heliodoro, natural de la Siria septentrional, profesor de elocuencia griega, que por sus propios méritos habia llegado al empleo de jefe de la cancelleria imperial griega en el reinado de Adriano, entre los años 120 y 122, y despues en 136 ascendió á gobernador general del Egipto, en cuyo cargo continuó hasta el año 148.

Avidio Casio era general eminente é infatigable; su valor personal era inquebrantable y superior á toda ponderacion, mientras su severidad verdaderamente espantosa recordaba á los Manlios del tiempo de la república y le hacia el terror de oficiales y soldados en las cosas del servicio. Era pues el hombre verdaderamente á propósito para extirpar de raíz y en el plazo mas breve la afeminacion, los excesos y la indisciplina que se habian introducido en el ejército de Siria. La legion que estaba directamente á sus órdenes era la III Gálica.

Con jefes como los dos citados, importaba muy poco que Lucio Vero, el general en jefe nominal, se entretuviera como se entretuvo desde su llegada á Siria en Laodicea, Antioquia y Dafne, empleando el tiempo en armamentos, asuntos ad-

ministrativos civiles y diversiones, y dejando las operaciones de campaña á cargo de Prisco y Avidio, que restablecieron pronto el honor y la preponderancia de las armas romanas. No pasó el año 162 sin que la fortuna de la guerra volviera á estar en favor de los romanos y contra los partos, los cuales expiaron cruelmente su atrevimiento. La situacion geográfica de los dos países enemigos dió al teatro de la guerra una amplitud inmensa, pues se extendió desde el extremo Norte de la Armenia hasta cerca de la embocadura del Tigris. Esta guerra, como antes la de los partos con los persas, dió lugar á multitud de acciones notables, y también produjo en la sociedad greco-romana una brillante literatura. Por desgracia no han llegado hasta nosotros sino algunos retazos de las obras que sobre aquellos sucesos se escribieron, y á duras penas podemos deducir de ellos los rasgos principales de la guerra, en la cual se distinguieron el ejército y un gran número de jefes de la escuela de Adriano. El golpe principal dado á los partos fué obra de M. Estacio Prisco. Este general habia prestado eminentes servicios en la guerra de Judea en tiempo de Adriano; despues habia servido en Inglaterra, y á la sazón, en el año 163, se dirigió desde la Capadocia á la Armenia. De allí, con la rapidez de sus movimientos y con su terrible energía, logró expulsar á los partos y conquistar la capital, Artaxata. Al mismo tiempo Avidio Casio operó con brillante éxito en la Mesopotamia septentrional, en el país regado por el Eufrates en su curso medio, apoderándose de las plazas de Niceforio y Dausara, cerca de Edesa. Con estas victorias pudo Lucio Vero restaurar en su trono de Armenia á Sohemo, como vasallo romano, en el año 164, encargando la ejecucion material de la reinstalacion al valiente y hábil general P. Marcio Vero, que á su vez encomendó la operacion á uno de sus oficiales de confianza llamado Tucídides. El jóven emperador Lucio Vero pasó á residir por algun tiempo en Efeso, á donde Marco Aurelio le envió, bajo la proteccion de un anciano pariente, á su novia Lucila, con quien celebró Vero sus bodas. Reconquistada la Armenia, concentróse la guerra por algun tiempo en la Mesopotamia septentrional, donde ambos beligerantes reunieron numerosas fuerzas. Cerca de las plazas de Europa y Sura, ribereñas del Eufrates, se libraron batallas muy sangrientas, en las cuales los romanos quedaron vencedores, y pudieron poner luego sitio á Edesa y Nisibe.

No entraba entonces en los planes de Marco Aurelio, como no habia entrado en los de Trajano, conquistar nuevas provincias; por tanto Lucio Vero, que por aquel tiempo volvió al teatro de la guerra, hizo al rey parto proposiciones de paz aceptables, atendidas las victorias de las legiones; pero Vologeso no quiso someterse á las condiciones de los romanos, probablemente por parecerle demasiado duras, y continuó la guerra con feroz ensañamiento y con pésimo resultado para él y los suyos. Los romanos, segun parece, operaron simultáneamente en dos puntos diferentes y mientras Marcio Vero marchaba con un ejército desde la Armenia contra la Media, Avidio Casio con el grueso de las tropas atravesó la Mesopotamia y llegó en victoriosa carrera en el año 165 sucesivamente á Seleucia y Ctesifonte, capital de la Partia. Ambas ciudades fueron reducidas á cenizas con todas sus magnificencias, incluso el palacio de los reyes; y en Seleucia, cuyos habitantes, segun los autores romanos, habian tomado una actitud traidora, fueron pasadas á cuchillo horrorosamente 400,000 personas.

La Partia quedó tan rendida que el rey hubo de aceptar la paz bajo condiciones durísimas, entre ellas la cesion de la Mesopotamia hasta la llamada *muralla meda*. Esta adquisicion fué gobernada en adelante por un prefecto con sus procuradores; y para asegurar mas su conservacion estableció

el emperador colonias romanas en Carres, Singara y Edesa. Posteriormente pagó el imperio con creces la imprudencia de haberse apartado de la política de Adriano, adelantando su frontera por aquel lado hasta el Tigris, aunque por lo pronto se consiguió con esto asegurar la Armenia por el lado del Sur y proteger la provincia de Siria contra todo ataque inmediato. Por lo demás, las guarniciones romanas de la Mesopotamia fueron desde entonces un reto permanente para los reyes partos, como mas adelante para los soberanos sasánidas de Persia, tanto que hasta el reinado de Juliano no cesó de ser este territorio avanzado del imperio una manzana de discordia y el teatro de luchas entre las legiones romanas y las tropas persas.

Si Marco Aurelio hubiese podido prever que el ejército romano había de emprender una guerra nueva, formidable y poco menos que permanente casi en las mismas fronteras de Italia, cuando acababa de ver aniquiladas ó poco menos ocho legiones por las armas, el hambre y las epidemias en la guerra contra los partos, difícilmente habría aprobado la anexión de la Mesopotamia. Entre tanto, sin embargo, las brillantes victorias alcanzadas en esta guerra por las armas romanas despertaron un entusiasmo inmenso entre los griegos y romanos. Cuando Vero, despues de firmada la paz, probablemente á principios del año 166, hubo regresado á Italia, celebraron ambos emperadores, honrados por el Senado con los sobrenombres honoríficos de Armenio, Pártico y Medo, un magnífico triunfo, entre los meses de abril y agosto del mismo año 166; pero tanto entusiasmo y júbilo quedaron muy pronto olvidados bajo la impresion de calamidades espantosas. La primera fué el terrible azote de la peste, que las legiones importaron á su regreso de la Partia y que extendiéndose paso á paso por la mayor parte del imperio y por todo el Occidente, con un furor sin ejemplo, duró hasta mas allá de mediados del siglo III, asolando por fin la península balcánica. En tiempo de Marco Aurelio y del emperador Cómodo, su hijo, ensañóse la enfermedad especialmente en los campamentos de las legiones y en toda la Italia.

En la capital se contaron las víctimas por millares, y todos los horrores que siguen á estas calamidades, como la miseria, el hambre y el desaliento se cernieron sobre el país. Es indudable que la larga duracion de tantas calamidades preparó las fatales y profundas conmociones del siglo siguiente. El arte médico resultó impotente contra este terrible enemigo de la humanidad, y el mismo Claudio Galeno, el médico mas célebre del mundo antiguo despues de Hipócrates, no fué mas feliz que sus colegas. Galeno era hijo de un arquitecto llamado Nicon y había nacido en el año 130 en Pérgamo, donde adquirió una instruccion notable en la filosofía peripatética. A la edad de diez y seis años dedicóse al estudio de la medicina, primeramente en su ciudad natal y despues sucesivamente en Esmirna, Corinto y Alejandría; á los veintiocho años consiguió en Pérgamo una plaza de médico de los gladiadores, y seis años despues, en 164, trasladóse á Roma, donde escribió con increíble fecundidad obras de medicina y filosofía hasta que la envidia de sus colegas le obligó á salir de la capital y á retirarse al Asia.

Entre tanto continuaba sus estragos la peste con su terrible séquito, sin que hubiese medio de aminorarla. Todos los cultos antiguos apuraron en vano sus recursos tradicionales para aplacar la ira de sus dioses, y el mismo Marco Aurelio ordenó una lustracion expiatoria magna antes de marchar al Norte, donde entre tanto había estallado una nueva guerra. Entre los muchos remedios supersticiosos que tuvieron en el año 167 gran aceptación, figuró una fórmula mística dada por un oráculo hipocrático que el ya citado Alejandro de

Abonoteco había esparcido entre la gente como preservativo seguro contra la peste, y que innumerables personas compraron para clavarlo á la puerta de su casa. Lo peor fué que el pueblo aterrorizado buscó, como siempre sucede en tales casos, una víctima expiatoria, y escogió por tal á los pobres cristianos. El mismo Marco Aurelio ordenó que todos los que introdujesen religiones nuevas que excitasen los ánimos y sembrasen la confusion en ellos, fueran castigados con la pena de muerte ó de deportacion, segun la clase á que perteneciesen, á no ser que los cristianos, contra los cuales iba dirigido el decreto, renunciasen ante el tribunal á su fe, en cuyo caso debían ser puestos inmediatamente en libertad, conforme había mandado ya Trajano. La preocupacion de Marco Aurelio era tan ciega que atribuía el heroísmo con que sufrían los cristianos la muerte y el martirio á obstinacion estúpida, y decía que era un heroísmo sin dignidad con trazas de teatral. El furor bestial del pueblo y de muchas autoridades locales no se contentó con esto y cometió excesos sangrientos, algunos en gran escala, como los que sufrieron en el año 167 los cristianos de Esmirna, y diez años despues los de Vienne y Lyon. Por demás afictiva era para los cristianos aquella época en que hasta se prescindía de lo que la ley de Trajano tenía de humanitaria, porque en lugar de esperar las denuncias contra los cristianos, se les espiaba, se empleaba contra ellos la tortura y se agravaba en algunos casos la pena de muerte haciéndolos devorar por las fieras si pertenecían á la clase baja. Los de clases superiores eran decapitados, y grandes masas fueron condenadas á trabajar en las minas y canteras del Estado. Muchos cristianos de las provincias occidentales fueron empleados en estos trabajos en la isla de Cerdeña.

Mas simpático se nos presenta Marco Aurelio en la terrible guerra que le ocupó, desde el año 167, durante casi todo el resto de su reinado. Poco sospechaba el pueblo romano cuando, antes de la peste, celebraba las victorias conseguidas contra los partos, la atención con que su emperador tenía la vista fija en la línea del Danubio medio y bajo, donde desde bastante tiempo se presentaba la situación preñada de peligros. Era evidente que mas allá de las fronteras ocurrían entre los pueblos germánicos movimientos inusitados, porque las violaciones de frontera se repetían con amenazadora frecuencia, como impulsadas por una fuerza mayor; pero el emperador, á pesar de todas estas señales, no sospechaba aun la magnitud del peligro, que mas adelante hizo recordar á los romanos el tiempo de Marobodo y el de Aníbal. Así y todo, Marco Aurelio quiso arreglar cuanto antes la cuestion de Oriente para tener las manos libres del lado del Danubio, donde entre tanto los gobernadores generales tenían orden de conllevar la situación hasta poder obrar con vigor. Desde el año 165 había ido empeorando el estado de las cosas; las tribus cuadas y marcomanas establecidas entre Passau y el río Maros habían asolado la Nórica septentrional, segun parece, y habían conocido poco á poco la escasez de las fuerzas romanas en aquellas fronteras, desguarnecidas para emplear sus legiones en Oriente. El emperador, tan luego como pudo, envió al prefecto de la guardia imperial, Macrino Vindex, con refuerzos á la Nórica, pero entonces los marcomanos invadieron la Panonia por la parte del Oeste, pasando al parecer por la cuenca del Salzach y del Ems, mientras los cuados la invadían por el Este. Unos y otros llegaron hasta el Drave cuando la Panonia estaba todavía desguarnecida de tropas. Acudió Vindex con 20,000 hombres en la primera mitad del año 167, y en la cuenca del Mur, entre Sommering y Gratz, hubo un encuentro tan sangriento que Vindex sucumbió con todo su ejército. Entonces las tribus germánicas victoriosas pasaron los Alpes carnos, penetraron en Italia,

pusieron en grandísimo peligro la plaza de Aquileya y desde allí aterrorizaron á todo el Sur de la península.

Esta embestida formidable de dos pueblos germánicos enteros, con sus mujeres é hijos, y la facilidad con que habían penetrado en Italia demostraron que la situación relativa de los pueblos del Norte y del imperio romano había cambiado de una manera desfavorable para este último. Habían sobrevenido la miseria y el hambre, como inevitablemente debía suceder un día ú otro, causas primeras de todas las traslaciones de pueblos enteros, suceso llamado en Europa «la grande emigracion germánica.» Las innumerables tribus germánicas establecidas entre el Duna y el Danubio, entre el mar del Norte y los Carpacios, que así como las del Noroeste todavía en tiempo de Augusto no tenían moradas fijas, se vieron contenidas dentro de aquella region por las fronteras del imperio, luego que se fortificaron estas del lado del Rhin y del Danubio. En esta situación, en el trascurso de algunos siglos, se aumentó considerablemente la poblacion á pesar de todas las guerras entre tribu y tribu, mientras que la caza y los pastos naturales se disminuyeron hasta no poder mantener á los habitantes. Esto les obligó á llevar una vida en cierta manera sedentaria y á dedicarse á cultivar bien ó mal el suelo; pero á pesar de todo se hizo permanente el hambre general y obligó á emigrar á pueblos enteros, que empujaron á los que tenían delante, despreciando todos los peligros.

Esta emigracion en masa se generalizó á mediados del siglo II, y siendo empujados los unos por los otros y todos juntos desde el Este por los pueblos eslavos, fineses y tártaros, debían concluir naturalmente por romper el formidable cordón fortificado de los romanos. Además sabían que, al otro lado de aquel cordón, abundaban los víveres, el vino y toda clase de riquezas.

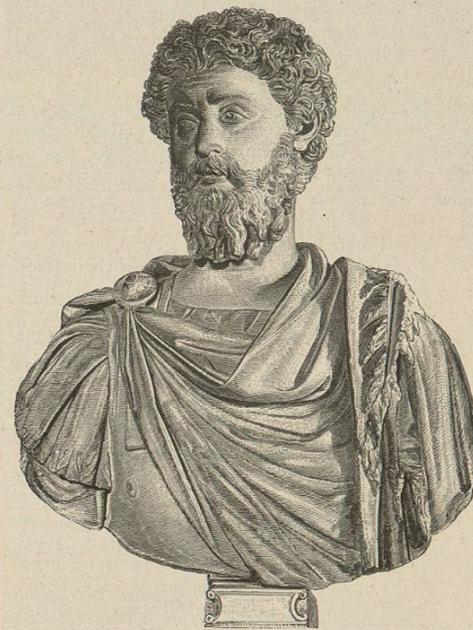
En el interior de Alemania iniciaron los godos el movimiento, que ya no cesó sino con las guerras del emperador Aureliano. Los godos, establecidos á orillas del Báltico y en la cuenca baja del Vístula, á mediados del siglo II se abrieron camino hácia el Mediodía, pero tal debió de ser la resistencia que encontraron al llegar cerca del Danubio, que se desviaron otra vez hácia el Este, pues que mas adelante los encontramos establecidos á orillas del mar Negro y del mar de Azof y en la cuenca del Dnieper. La presión que ejercieron en esta segunda parte de su irrupcion sobre los pueblos que atravesaron ó rechazaron, se sintió en las provincias romanas inmediatas. En la primera etapa de su movimiento desde el Báltico al Sur, al subir por las cuencas del Oder y del Vístula, habían empujado hácia el Occidente á los pueblos que tenían delante y á su derecha, á saber: los de Silesia, los nariscos, los hermanduros, los marcomanos y cuados, dando lugar á grandes conmociones por aquel lado, que se trasmisieron de unos pueblos á otros hasta el Rhin y el Danubio. Desde entonces la presión en estas fronteras fué creciendo, y por mucho que los romanos escarmentaron á sus bárbaros vecinos, nunca pudieron acabar con ellos, porque continuamente llegaban nuevas masas.

Al estallar la invasion de los marcomanos y cuados en la Panonia, el año 166 ó 167, los romanos tuvieron ocasion de observar que sus enemigos habían llegado al punto de desarrollo social en que las tribus afines de un grupo se aproximan y forman una especie de confederacion, que es el primer paso para la formacion de los grupos que se llaman naciones.

Al llegar los marcomanos y cuados á la Panonia, se les agregaron los yazigios, establecidos entre el Teiss y el Danubio, cuyas estepas recorrían en sus veloces corceles, llevando una vida semi-nómada.

Cuando se recibió en Roma la noticia aterradora de que

las tribus germánicas estaban acampadas delante de Aquileya, tomó Marco Aurelio todas las disposiciones salvadoras que las circunstancias le permitían, y habiendo regresado del Asia una parte de las fuerzas allí enviadas, pudo reunir un ejército respetable, con el cual marchó contra los invasores en el mismo año 167, llevándose consigo á Lucio Vero, su colega, que mal de su grado se separó de los placeres de la capital. La simple noticia de la aproximacion de Marco Aurelio produjo efecto; los enemigos, cargados de rico botín, retrocedieron, llevándose gran número de prisioneros, al otro lado de los Alpes, y solicitaron la paz. Marco Aurelio no se la concedió; estableció su cuartel general alternativamente en Aquileya y Sirmio, desde donde, em-



Busto del emperador Marco Aurelio

pleando toda su energía, procuró completar á toda prisa los cuadros de las legiones diezmadadas por la peste y concentrar todas las fuerzas auxiliares disponibles. La epidemia se cebaba también en el cuartel general, lo cual hizo que el emperador llamara á Galeno á su lado en el año 168. En este mismo año pasó el emperador los Alpes, destruyó completamente la hueste invasora, limpió el país hasta el Danubio de estos molestos enemigos y dió las disposiciones necesarias para asegurar por aquel lado la frontera contra nuevas invasiones.

Hecho esto, regresó á Roma para pasar allí el invierno de 168 á 169. En enero de este último año falleció Lucio Vero de una apoplejía fulminante hallándose de viaje, sentado en el carruaje al lado de su hermano adoptivo, cerca de Altino, suceso que para Marco Aurelio, lejos de ser un mal, era un verdadero alivio. Al poco tiempo de hallarse en la capital, recibió noticia de que la guerra con los marcomanos y sus aliados había vuelto á estallar y en proporciones mas importantes, porque de los pueblos removidos por el paso de los godos al pie de los montes Carpacios, se habían unido grandes masas á los marcomanos y cuados para pasar con ellos al territorio romano. Para combatir sin pérdida de tiempo este nuevo